

Las tareas de la educación comunista

León Trotsky

18 de junio de 1923

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[The Tasks of Communist Education](#)”, en [Trotsky Internet Archive-MIA](#).
Publicado en inglés en [The Communist Review](#), volumen 4, noviembre de 1923 y en ruso bajo el título “Zadachi
Kommunisticheskogo vospitaniya”)

<i>El “hombre nuevo” y el revolucionario.....</i>	<i>1</i>
<i>Revolución y misticismo.....</i>	<i>2</i>
<i>Darwinismo y marxismo</i>	<i>2</i>

El “hombre nuevo” y el revolucionario

Se afirma con frecuencia que la tarea de la instrucción comunista consiste en la educación del hombre nuevo. Estas palabras tienen algo de demasiado generales, demasiado declamatorias, y debemos tener especial cuidado para no permitir ninguna interpretación humanitaria informe del concepto de “hombre nuevo” o de las tareas de la educación comunista. No hay duda de que el hombre del futuro, el ciudadano de la comuna, será una criatura sumamente interesante y atractiva, y que su psicología (los futuristas me perdonarán, pero me imagino que el hombre del futuro poseerá una psicología) será muy diferente a la nuestra. Nuestra tarea actual, lamentablemente, no puede consistir en la educación del ser humano del futuro. El punto de vista utópico y humano-psicológico es que primero hay que formar al hombre nuevo y luego crear las nuevas condiciones. No podemos compartirlo. Sabemos que el hombre es un producto de las condiciones sociales. Pero también sabemos que entre los seres humanos y las condiciones existe una complicada y activa relación de trabajo mutuo. El hombre mismo es un instrumento de este desarrollo histórico, y no el menos importante. Y en este complicado acto reflejo histórico de las condiciones vividas por los seres humanos activos, no creamos al ciudadano abstracto, armonioso y perfecto de la comuna, sino que formamos a los seres humanos concretos de nuestra época, que todavía tienen que luchar por la creación de las condiciones de las que pueda surgir el ciudadano armonioso de la comuna. Esto, por supuesto, es algo muy diferente, por la sencilla razón de que nuestro bisnieto, el ciudadano de la comuna, no será un revolucionario.

A primera vista esto parece estar mal, suena casi insultante. Y sin embargo es así. La concepción “revolucionaria” está formada por nosotros a partir de nuestros pensamientos y deseos, de la totalidad de nuestras mejores pasiones, y así la palabra “revolucionaria” está impregnada de los más altos ideales y de la mejor moral que hemos tomado de toda la época precedente de evolución cultural. Por lo tanto, nos parece que ponemos en entredicho a nuestra posteridad cuando no los consideramos revolucionarios. Pero no debemos olvidar que el revolucionario es un producto de condiciones históricas definidas, un producto de la sociedad de clases. El revolucionario no es una abstracción psicológica. La revolución en sí misma no es un principio abstracto, sino un hecho histórico material, que surge del antagonismo de clase, de la sujeción violenta de una clase por otra. Por lo tanto, el revolucionario es un tipo histórico concreto y, en consecuencia, un tipo temporal. Estamos orgullosos de pertenecer a este tipo. Pero por medio de nuestro trabajo estamos creando las condiciones de un orden social en el que no existirán antagonismos de clase, ni revoluciones y, por lo tanto, tampoco revolucionarios. Es cierto que podemos extender el significado de la palabra “revolucionario” hasta abarcar toda la actividad consciente

del hombre dirigida hacia el sometimiento de la naturaleza y hacia la extensión de las conquistas técnicas y culturales. Pero no tenemos derecho a hacer tal abstracción, tal extensión ilimitada de la concepción del “revolucionario”, porque de ninguna manera hemos cumplido nuestra tarea revolucionaria histórica concreta, el derrocamiento de la sociedad de clases. En consecuencia, estamos lejos de la tarea de educar al armonioso ciudadano de la comuna, formándolo mediante un cuidadoso trabajo de laboratorio, en una etapa de transición extremadamente poco armoniosa de la sociedad. Una empresa de este tipo sería una miserable utopía infantil. Lo que queremos hacer son luchadores, revolucionarios, que heredarán y completarán nuestras tradiciones históricas, que aún no hemos llevado a término.

Revolución y misticismo

¿Cuáles son las principales características del revolucionario? Hay que subrayar que no tenemos derecho a separar al revolucionario de la base de clase sobre la que ha evolucionado, y sin la cual no es nada. El revolucionario de nuestra época, que sólo puede ser asociado con la clase obrera, posee sus características psicológicas especiales, particulares características de intelecto y voluntad. Si es necesario y posible, el revolucionario rompe los obstáculos históricos, recurriendo a la fuerza para ello. Si esto no es posible, entonces se desvía, socava y aplasta, con paciencia y determinación. Es un revolucionario porque no teme romper obstáculos e implacablemente emplear la fuerza; al mismo tiempo conoce su valor histórico. Su objetivo permanente es mantener su trabajo destructivo y creativo en su más alto nivel de actividad, es decir, obtener de las condiciones históricas dadas el máximo que son capaces de rendir para el avance de la clase revolucionaria.

El revolucionario sólo conoce los obstáculos externos a su actividad, no los internos. Es decir: tiene que desarrollar en sí mismo la capacidad de estimar el ámbito de su actividad en toda su concreción, con sus aspectos positivos y negativos, y de encontrar un correcto equilibrio político. Pero si se ve obstaculizado internamente para la acción por obstáculos subjetivos, si carece de comprensión o de poder de voluntad, si está paralizado por contradicciones internas, por prejuicios religiosos, nacionales o corporativos, entonces, en el mejor de los casos, es sólo medio revolucionario. Ya hay demasiados obstáculos en las condiciones objetivas, y el revolucionario no puede permitirse el lujo de multiplicar los obstáculos y fricciones objetivos por los subjetivos. Por lo tanto, la educación del revolucionario debe consistir, sobre todo, en su emancipación de ese residuo de ignorancia y superstición, que se encuentra frecuentemente en una conciencia muy “sensible”. Por lo tanto, adoptamos una actitud despiadadamente irreconciliable con cualquiera que pronuncie una sola palabra en el sentido de que el misticismo o el sentimentalismo religioso pueden combinarse con el comunismo. La religiosidad es irreconciliable con el punto de vista marxista. Somos de la opinión de que el ateísmo, como elemento inseparable de la visión materialista de la vida, es una condición necesaria para la educación teórica del revolucionario. Quien cree en otro mundo no es capaz de concentrar toda su pasión en la transformación de éste.

Darwinismo y marxismo

Aunque Darwin, como él mismo afirmó, no perdió su creencia en Dios por todo su rechazo de la teoría bíblica de la creación, el darwinismo mismo es, sin embargo, totalmente irreconciliable con esta creencia. En esto, como en otros aspectos, el darwinismo es un precursor, una preparación para el marxismo. Tomado en un sentido ampliamente materialista y dialéctico, el marxismo es la aplicación del darwinismo a la

sociedad humana. El liberalismo de Manchester ha intentado encajar el darwinismo mecánicamente en la sociología. Tales intentos sólo han llevado a analogías infantiles que velan una maliciosa *apología burguesa*: La competencia de Marx fue explicada como la ley “eterna” de la lucha por la existencia. Esto es absurdo. Es sólo la conexión interna entre el darwinismo y el marxismo la que permite captar el flujo vivo del ser en su conexión primitiva con la naturaleza inorgánica; en su ulterior particularización y evolución; en su dinámica; en la diferenciación de las necesidades de la vida entre las primeras variedades elementales de los reinos vegetal y animal; en sus luchas; en la aparición del “primer” hombre o criatura semejante al hombre, haciendo uso de la primera herramienta; en el desarrollo de la cooperación primitiva, empleando órganos asociativos; en la estratificación ulterior de la sociedad consecuente con el desarrollo de los medios de producción, es decir, de los medios de dominio de la naturaleza; en la guerra de clases; y, finalmente, en la lucha por la superación de las clases.

Comprender el mundo desde un punto de vista tan amplio significa la emancipación de la conciencia del hombre por primera vez del residuo de la mística, y la obtención de un punto de apoyo firme. Significa tener bastante que para el futuro no hay obstáculos subjetivos internos a la lucha, sino que los únicos obstáculos y reacciones existentes son externos, y tienen que ser superados de varias maneras, de acuerdo con las condiciones del conflicto.

Cuántas veces hemos dicho: “La práctica gana al final”. Esto es correcto en el sentido de que la experiencia colectiva de una clase, y de toda la humanidad, barre gradualmente las ilusiones y las falsas teorías basadas en generalizaciones apresuradas. Pero se puede decir con igual verdad: “La teoría gana al final”, cuando entendemos por esto que la teoría en realidad comprende la experiencia total de la humanidad. Desde este punto de vista, la oposición entre teoría y práctica se desvanece, pues la teoría no es otra cosa que la práctica correctamente considerada y generalizada. La teoría no derrota a la práctica, sino la actitud irreflexiva, empírica y burda hacia ella. Para poder estimar adecuadamente las condiciones de la lucha, la situación de nuestra propia clase, debemos poseer un método fiable de orientación política e histórica. Esto es marxismo, o, con respecto a la última época, leninismo.

Marx y Lenin, estos son nuestros dos guías supremos en la esfera de la investigación social. Para la generación más joven el camino a Marx es a través de Lenin. El camino recto se vuelve cada vez más difícil, pues el período que separa a la nueva generación del genio de aquellos que fundaron el socialismo científico, Marx y Engels, es demasiado largo. El leninismo es la más alta encarnación y condensación del marxismo para la acción revolucionaria directa en la época de la agonía mortal imperialista de la sociedad burguesa. El Instituto Lenin de Moscú debe convertirse en una academia superior de estrategia revolucionaria. Nuestro partido comunista está impregnado del poderoso espíritu de Lenin. Su genio revolucionario está con nosotros. Nuestros pulmones revolucionarios respiran la atmósfera de esa doctrina mejor y más elevada que ha creado el desarrollo precedente del pensamiento humano. Por eso estamos tan profundamente convencidos de que el mañana es nuestro.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es